

partido. Luego esta esperanza pareció disiparse por la oposicion de la reina, la cual temia que esta asamblea la inquietara por los actos de su regencia, pidiendo el alejamiento de sus ministros, é impidiera al rey, que iba á entrar en su mayoría, le dejara la misma autoridad que habia tenido desde la muerte de Enrique IV. En fin, habiendo sido Luis XIII declarado mayor de edad el segundo dia de octubre, ordenó definitivamente la reunion de los estados generales para el 10 de octubre siguiente; y en consecuencia, los estados particulares del ducado de Borgoña se reunieron para estender sus despachos de representacion y nombrar á sus diputados.

Monseñor de Belley fue nombrado; y el Obispo de Ginebra se apresuró á recomendarle los intereses de la parte de su diócesis que dependia del reino de Francia. «Estoy seguro, le escribe (1), que hareis todo lo posible por la conservacion de los derechos de Dios y de su Iglesia; y mientras nuestro Josué esté ahí tendremos las manos levantadas para obtenerle una especial asistencia del Espíritu Santo. Invocaremos á los ángeles protectores y los santos Obispos que nos han precedido; les rogaremos que estén á vuestro lado y os asistan con sus inspiraciones.»

Francisco, en efecto, oró con fervor y se manifestó mas piadoso que nunca, de lo cual el cielo pareció querer dar un testimonio á su pueblo. El dia de la Natividad de la Santísima Virgen, cuando, oficiando en la iglesia colegiata de Annecy, estaba sentado en su sòlio, una paloma de una blancura deslumbradora, entrando por la abertura de una ventana, vino á ponerse sobre su hombro, y de allí pasó á su pecho, sin que nadie se atreviera á tocarla y quitarla, porque todos creian ver en ella al Espíritu Santo, que bajo la forma visible que parece haber adoptado por símbolo, reposaba en el hombre de Dios comunicándole su dulzura (2). En el oficio de la tarde, en el que

(1) Carta CCGV.

(2) Dep. del Caro, Rendu, Gard, Favre y otros muchos.

predicó sobre las grandezas de María, recordó la aventura de la paloma, pero fue para aplicarla á la Santísima Virgen, á quien Dios dice en las Sagradas Escrituras, segun la interpretacion de la Iglesia: «Sois toda bella, ¡ó amada mia, paloma mia! no hay en vos mancha alguna.» Y habló con tanto fervor que comunicó á las almas de los asistentes los piadosos sentimientos que le animaban, y el auditorio se conmovió hasta derramar lágrimas.

### CAPITULO III.

Francisco establece los Barnabitas en Annecy y los Cartujos en Ripailles.—Es favorecido con el don de profecía.—El Emperador de Alemania le convoca para la dieta de Ratisbonne.—Va á Lyon á visitar al Arzobispo y á Sion en el Valais, á la consagracion del Obispo de esta ciudad.—Rasgos notables de caridad y de firmeza.

(De 1614 á 1615.)

Las solicitudes que ocasionaba el estado del país de Gex á Francisco de Sales, fueron un tanto suavizadas por el consuelo que tuvo en establecer á los Barnabitas en Annecy.

Desde el dia siguiente de Pentecostés, al volver de su viaje á Milan, habia propuesto á los síndicos y consejeros de la ciudad confiar á estos santos religiosos la direccion del colegio, asegurando que su mérito, superior á todo elogio, prometia para el establecimiento un brillante porvenir; que su celo, igual á su mérito, haria en la ciudad y sus alrededores inmensos servicios; que los pueblos encontrarían en ellos predicadores y confesores hábiles, los pobres y los enfermos sacerdotes caritativos que los visitasen y aliviasen, y las obras buenas de cualquiera clase que fueran, auxiliares poderosos y desinteresados. Habiéndose sometido los síndicos y los consejeros enteramente á su parecer, el santo Obispo informó de ello al punto á los Barnabitas, y estos enviaron á tres de los suyos para to-

mar posesion del colegio en nombre de su sociedad, los cuales fueron Don Justo Guerin, que despues fué Obispo de Ginebra; el Padre Simpliciano, de una de las mas ilustres familias de Milán, tan distinguido por su saber como por sus virtudes; y Don Mauricio, que no llevaba para Annecy mas que una mision pasajera, y partió poco despues para París. El General de los Barnabitas, al enviarlos, no habia designado cuál sería el superior, resultando de ahí un combate de modestia entre los dos primeros religiosos, que se cedian mutuamente la superioridad. Don Justo Guerin quedó vencedor, consiguiendo ser provisor, y en su consecuencia su compañero fué nombrado superior.

Terminada esta edificante disputa, fué el mismo Obispo á instalarlos en el colegio, haciendo resaltar en un discurso adaptado á las circunstancias, la escelencia del instituto de los Barnabitas, honrado con la aprobacion de cinco soberanos Pontífices, y distinguido por tantos hombres de mérito que han salido de su seno. «Estábamos perdidos, dijo, aplicando la célebre palabra de Temístocles, »si no hubiéramos estado perdidos: *Perieramus nisi perissemus*. La ruina de este colegio ha ocasionado su resurreccion; su muerte le ha dado la vida. Si hubiera sido »menos malo, no tendríamos á estos sabios y piadosos directores.» Este primer discurso no fué mas que el principio de las demostraciones de interés que tributó siempre á estos religiosos, con cuya compañía se complacia, llamándose él mismo Barnabita; los invitaba á menudo á su mesa, é iba á comer con ellos en ciertos dias; con frecuencia tambien iba á oficiar, á predicar y á catequizar en su iglesia. Una vez, despues de haber espuesto á sus oyentes que San Pablo habia correspondido tan perfectamente á la gracia con la santidad de su vida, que habia podido decir con verdad: *Vivo, no yo, sino Jesucristo es el que vive en mí*, fué de repente como abrasado de las llamas del amor divino y permaneció algun tiempo estasiado (1).

(1) Carlos Aug., p. 440 y 441. — De Cambis, t. II, p. 401.

El Padre Simpliciano, para corresponder á la confianza con que le honraba Francisco, hizo ir al colegio maestros hábiles (1), y bajo su direccion este establecimiento recobró su antiguo esplendor. Los colegiales acudieron en gran número, el superior dió al clero lecciones de casos de conciencia que el mismo Obispo iba á oír cuando podia (2); y sus compañeros enseñaban todos los domingos el catecismo á los fieles en cuatro iglesias de Annecy, con gran fruto para la religion.

A los trabajos de tan escelentes obreros evangélicos, el santo Obispo creyó útil unir el auxilio de las oraciones y ejemplos de una comunidad de Cartujos que, por el fervor de sus oraciones, abrieran sobre su diócesis el seno de las divinas misericordias, al mismo tiempo que, por la santidad de su vida, probaran á los pueblos á qué grado de virtud es capaz de elevarse el hombre sostenido por la fe y el amor. Ya habia propuesto al Duque de Saboya darles la abadía de Tilly; pero habiendo el Príncipe concedido al mismo Francisco la de Ripailles, la solicitó para estos religiosos. El Duque consintió en ello, y los cartujos se establecieron en Ripailles, desde donde se dejó sentir bien pronto su influencia en todos los alrededores, con gran provecho de la religion y de las almas (3).

Sin embargo, por santos que fueran estos religiosos, los pueblos de la diócesis de Ginebra veneraban aún mas á su Obispo; le veneraban como á un profeta ilustrado con luces sobrenaturales; y cada dia, por decirlo así, se confirmaban más en este pensamiento.

El castellano de Choisy, cerca de Annecy, tenia un enemigo declarado, que varias veces habia jurado matarle;

(1) Uno de los mas célebres de estos hábiles maestros fué el P. Baranzano, amigo del canciller Bacon, muerto en Montargis en 1622 á la edad de 33 años. Ha dejado varias obras: 1.º *Summa philosophia*. 2.º *Uranoscopia, seu univ. Doctrina de Cælo*. 3.º *Novæ opiniones physicae*. 4.º *Campus philosophicus*. 5.º *Del modo de confesarse y de meditar la pasion de Nuestro Señor*.

(2) Dep. de Mocard.

(3) Carta CCXCVII.

y temiendo que ejecutara sus funestos designios, fue á contar á Francisco sus temores. «No temais, hijo mio, le »dijo el hombre de Dios, tened confianza en el Señor; si »Señor, si disparan contra vos, yo respondo que el arma no hará fuego y que saldreis sano y salvo.» Así sucedió, en efecto, pocos dias despues. Por este mismo tiempo la ciudad de Annecy careció de granos, y no sabia de dónde tomarlos; ya se veian en vispera de una grande hambre, y todo el mundo estaba lleno de ansiedad, cuando el Obispo, reuniendo á todo su pueblo en la Iglesia con un tono de seguridad que solo puede inspirar el espíritu de profecía: «Hijos míos, les dijo desde el púlpito, esperad, confiad en »Dios, y os dará lo necesario, con tal que observeis sus »mandamientos; no temais, yo os prometo de su parte que »no solo no perecereis de hambre, sino que tampoco sufrireis la pobreza.» La abundancia que sobrevino inesperadamente verificó al pié de la letra la prediccion. Habiéndole presentado un habitante de Annecy un dia á su hijo de seis á siete años, que tenia un excelente temperamento y gozaba de muy buena salud, el santo Obispo, despues de haberle cogido la mano y tocado la mejilla como para acariciarle, le dijo: «Pobre niño, no pasarás de diez y siete »años,» y esto, en efecto, sucedió así (1).

Por este tiempo recibió una carta del emperador de Alemania, Matías I, que le convocaba como á príncipe del santo imperio (2) á la dieta de Ratisbona para el prí-

(1) Carlos Aug., p. 442 y 443.

(2) Los títulos de *Príncipe* de Ginebra y por consiguiente de *Príncipe del Sacro Imperio*, se dieron en el año 1100 á los Obispos de Ginebra por el emperador de Alemania, que temiendo que los señores seculares ó condes de Ginebra se hicieran demasiado poderosos, no creyó podia oponer á su ambicion un dique mas seguro que poner el ejercicio de los derechos reales en mano de los Obispos; y los pueblos, que se encontraban mucho mejor con la dominacion paternal y pacífica de los Obispos que con el espíritu guerrero y con frecuencia tiránico de los Condes, aplaudieron esta medida. He ahí por qué en varias ciudades de Alemania, los Obispos recibieron tambien de los emperadores el título y la autoridad de príncipes. El Obispo constituido en príncipe, estaba encargado de administrar justicia en materia criminal, civil y política, sin que los condes tuvieran ningun poder sobre los bienes y libertad de los ciudadanos.

mero de febrero del año siguiente de 1615. Este príncipe queria aprovechar las dificultades que suscitaban á Achmet I, emperador de los turcos, la guerra de Persia y las disensiones civiles de sus estados, para reconquistar la parte de Hungría de que se habian apoderado estos fieros musulmanes, entonces tan temidos; y como tenia necesidad para esta expedicion del auxilio de los príncipes del imperio, y la rebelion de Ginebra contra su Obispo no podia hacerle desconocer en Francisco de Sales este título que siempre habian llevado sus predecesores, le dirigió como á los demás príncipes una carta de convocatoria. El mensajero, segun la antigua costumbre, y para protestar contra la inicua expulsion del Obispo, tenia orden de dirigirse á Ginebra, de apearse en el palacio episcopal, de llamar á la puerta, de pedir se le dejara hablar al Obispo de parte de su Majestad Imperial, y segun la respuesta que se le diera, tomar acta de su mensaje é ir á llevar la carta á Annecy. El mensajero cumplió su mision exactamente, y el Obispo contestó poco despues al emperador (1), que hubiese correspondido gustoso á su invitacion, pero que el estado á que le habian reducido los herejes no le dejaba mas medios para ayudar á Su Majestad que la oracion. Renunció pues al viaje propuesto, é hizo otro que convenia mas á su corazon.

Monseñor de Marquemont, desde su advenimiento á la silla de Lyon, le habia invitado, por carta (2), á contraer con él una santa amistad á imitacion de los antiguos Obispos que, con relaciones frecuentes é íntimas, por una recíproca comunicacion de miras y de pensamientos con sus vecinos, se ayudaban mutuamente á llevar la carga pastoral y á llenar perfectamente todos los deberes.

El mismo le habia anunciado su próxima visita como al mas antiguo en el episcopado; pero Francisco consideró que el último de los obispos de Saboya (así era como se

(1) Carta CCCXXII.

(2) Carta CCCLXII.

llamaba) no debía dejarse preceder por el primero de los obispos de Francia, y en su consecuencia se puso en camino para Lyon. No bien supo el Arzobispo que se aproximaba el santo prelado, cuando se apresuró á ir á recibirle con su carruaje hasta bastante lejos de los muros, acompañado de los principales de la ciudad, y le recibió con los mayores testimonios de veneracion, llamándole públicamente *el honor y la corona de los Obispos*. Toda la ciudad se asoció á esta demostracion; y Francisco, durante su estancia, probó bien cuan digno era de ello. Predicó el día de San Pedro en la catedral; los días siguientes conferenció largamente con el Arzobispo sobre el establecimiento de una casa de la Visitacion, que este gran prelado deseaba fundar en su ciudad; recibió á las personas piadosas que deseaban hablarle; y al cabo de ocho días, viendo que no le quedaba allí nada más que hacer para la gloria de Dios, volvió á tomar el camino de Ancecy, llevando la estimacion de todos y la tierna amistad del Arzobispo, junto con el consuelo de haber dispuesto todo para la fundacion de una colonia de su instituto; lo que ejecutó, en efecto, siete meses más tarde, cuando los preparativos fueron enteramente terminados, como lo hemos dicho ya.

Poco después de su vuelta de Lyon, el 1.º de diciembre, Francisco se puso en camino y fué á Sion, capital del Valais, con el fin de asistir á la consagracion del nuevo Obispo que la Santa Sede acababa de nombrar. Había tenido amistad y correspondencia con su predecesor Adriano de Riedmartin, prelado muy celoso que había introducido á los capuchinos en San Mauricio, á los jesuitas en el Alto Valais, y había prohibido enviar los niños á las escuelas protestantes. A la primera noticia del nombramiento de Hildebrand Joss para esta silla, se había apresurado á dirigirle una de esas cartas que, partiendo del corazón del que las escribe, van derechas al de quien las recibe. «No bien hemos sabido, le decía, vuestra promoción y eminentes cualidades, cuando la tristeza que sentíamos por la muerte de vuestro predecesor se ha cam-

»biado en gozo, y nuestros cánticos de dolor en otros de alegría: hemos rendido á Dios acciones de gracias porque »no ha permitido *que su lámpara se apagase en Jerusalén*, »y haya reemplazado al padre con el hijo para establecerle sobre la ciudad de Sion. Me prometo de vuestras buenas cartas y del deseo extremo que tengo de corresponderos, que mi amistad con el Obispo de Sion, que parecía »haber cesado para siempre, va á revivir más fuerte que nunca. En cuanto á mí, tengo el honor de aseguraros »que estoy pronto á haceros no solo todos los servicios »fraternales que dependen de vuestro comun ministerio, »sino aun todos los que pudieran esperar de nuestro más »humilde y fiel servidor, estando más que nadie consagrado á vuestra persona y á vuestros intereses. Siempre »será muy agradable para mí poder hacer algún servicio »á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima; y en eso »no haré más que seguir la intencion de Nuestro Señor, »el cual no ha permitido que estemos tan inmediatos, sino »para que nos ayudemos mutuamente á llevar la carga. »Cumpliré además con un deber de reconocimiento, correspondiendo á la benevolencia que me habeis demostrado, y satisfaré á una necesidad de mi corazón, no pudiéndome dispensar de complacer en todas ocasiones á un »prelado que tiene siempre un soberano afecto y una adhesion constante é inviolable á la Iglesia católica. Si »Vuestra Señoría me necesita, bien para su consagracion »bien para cualquier otra cosa, puede disponer de mí absolutamente. Entretanto, no cesaré de rogar á nuestro »divino Salvador y Maestro que os *envie desde su santuario* un poderoso *socorro*, para conducir felizmente al »puerto tan deseado de la bienaventurada eternidad vuestra nave, á la que agitan las más horribles tempestades.» (1)

El Obispo de Sion, gozoso de tener en su consagracion por Obispo asistente á un prelado tan venerado, no

(1) Cartas CCXCIII y CCXIV.

dejó de invitarle; y Francisco, obedeciendo prontamente á la invitacion, se puso en camino para la capital del Valais, separada de Annecy unos ochenta kilómetros. Los canónigos y principales habitantes de Sion, informados de su venida, corrieron á su encuentro hasta Morges, pequeña ciudad del canton de Vaud, le cumplieron por medio del dean del Cabildo, al que contestó con tanta modestia como oportunidad, y le acompañaron hasta Sion. Allí se le hizo la mas honorífica recepcion; y el dia de la consagracion subió al púlpito, revestido con la capa y la mitra, y pronunció un discurso sobre la dignidad episcopal, noble y sencillo á la vez, tan enérgico por el fondo como natural en la forma, que inspiró á los numerosos herejes á quienes la curiosidad habia atraído, desprecio al lenguaje afectado de sus ministros. Este primer discurso fué origen de otros; y el santo Obispo prestándose gustoso á los deseos de sus oyentes, dió una série de conferencias sobre los caractéres que distinguen á la verdadera Iglesia; sobre todo de la necesidad de la sucesion no interrumpida de los pastores, y de una autoridad que enseñe tanto al sabio como al ignorante.

«En estos caractéres, dijo, el espíritu mas grosero puede discernir á la verdadera Iglesia sin ninguna discusion doctrinal ni teológica. La Iglesia romana es la única de las sociedades cristianas que tiene un método breve y fácil para instruir á los pueblos con las verdades evangélicas; el método de la discusion y del razonamiento no puede convenir ni á los pueblos ni á casi nadie, porque conduce muy á menudo á los sabios y grandes talentos á dificultades y escesos dignos de compasion. La Iglesia, cuya doctrina está hecha para toda suerte de espíritus, y es un objeto de fe y sumision mas que de ciencia y de discusion, no tiene otro método que el de la autoridad, enseñando á todos lo que se debe creer; y nada hay tan conforme á la razon como creer en Dios, creer en la Iglesia, creer en la autoridad mas grande, mas respetable como la mas respetada en todos los tiempos por

«los mayores génios y los hombres mas sabios.» Estos brillantes principios de verdad, embellecidos aún con la dulzura y la virtud del orador, confirmaron á los católicos en la fe é hicieron vacilar á muchos herejes, tanto mas cuanto que habia allí para ellos verdades enteramente nuevas, no permitiendo las leyes civiles que se tratase en el púlpito ningun asunto de controversia. Así, cuando salia por la ciudad, todos salian á las puertas para verle, todos le proclamaban santo, y las madres se apresuraban á presentarle á sus hijos para que los bendijera (1). Terminadas estas instrucciones, el santo Obispo partió de Sion y regresó á Annecy.

Encontró allí una carta del Duque de Saboya, que para sostener las guerras continuas á que le exponia su deseo ambicioso de estender sus dominios, pedia á todos los Obispos de sus estados, en virtud de un breve que habia obtenido del Papa, un impuesto sobre los bienes eclesiásticos, en proporcion á las rentas de los beneficios. El santo Obispo, en su consecuencia, hizo reunir á todos los beneficiados de su diócesis, y les exhortó á corresponder á los deseos reunidos del Príncipe y del soberano Pontífice. «Hermanos míos, les dijo (2), no nos es permitido hacer comentarios sobre esto; el soberano magistrado espiritual y temporal hablan claramente, y es preciso obedecer.» A pesar de estos consejos, encontrando en sus sacerdotes (cuya pobreza por otra parte era bien conocida) disposiciones poco favorables á su demanda, unió á las palabras la predicacion del ejemplo, contribuyendo él mismo con una suma mucho mayor de la que correspondia á su renta. Este ejemplo fué mas elocuente que todos los discursos, y entre todos los asistentes no hubo uno que no se avergonzase de su oposicion y que no diera sin quejarse la contribucion pedida (3).

(1) Dep. del Señor de Charmoisy y de Francisco Favre que lo acompañaban.

(2) El P. La Riviere, p. 421.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XII.